



EDITORIAL

Cuidar el recurso hídrico

Cada Día Mundial del Agua nos recuerda la creciente presión sobre los recursos hídricos y la urgencia de gestionarlos de forma sostenible. En Chile, dos sectores clave concentran gran parte del debate. Por un lado, la agricultura y, por el otro, la minería; grandes usuarios del recurso y hoy también actores de su protección.

La agricultura utiliza en torno al 70% del agua dulce disponible en el país, un consumo que sostiene la seguridad alimentaria, pero que obliga a repensar prácticas para compatibilizar productividad y sostenibilidad. Ante la escasez hídrica, la agricultura chilena está implementando riego tecnificado (goteo) en más del 70% de su superficie regada, utilizando sensores de humedad y telemetría para riegos inteligentes, y adoptando cultivos resistentes a la sequía. Además, se promueve la reutilización de aguas grises tratadas y la mejora de suelos con compost para retener humedad. La minería, en tanto,

históricamente dependiente de acuíferos, ríos y napas subterráneas en el norte, enfrenta hoy un cambio profundo impulsado por una mayor conciencia ambiental, regulaciones más exigen-

“Cada gota reutilizada (...) es asegurar la disponibilidad del agua para el desarrollo presente y el futuro”.

tes y los desafíos del cambio climático.

Según la Comisión Chilena del Cobre (Cochilco), para 2034 el 70% del agua utilizada por la minería del cobre provendrá del mar gracias al desarrollo de plantas desaladoras en regiones como Antofagasta y Tarapacá. Este avance, que reduce la presión sobre

fuentes continentales y comunidades, constituye un hito en la transición hacia una gestión hídrica sostenible.

Avanzar en una gestión hídrica más sostenible implica reconocer que tanto agricultores como mineros están llamados a participar de una misma responsabilidad, que es asegurar la disponibilidad y calidad del recurso para las generaciones futuras. Las nuevas tecnologías de riego eficiente y los proyectos de desalación industrial abren caminos complementarios hacia ese propósito compartido.

El desafío, entonces, no es contraponer producción y conservación, sino integrarlas bajo un modelo de corresponsabilidad que combine tecnología, eficiencia y compromiso ambiental. Cada gota reutilizada, cada metro cúbico desalado y cada práctica agrícola sustentable son pasos concretos hacia un objetivo colectivo, que es asegurar la disponibilidad del agua para el desarrollo presente y el futuro de los territorios que dependen de ella.